

E-57-
UHLE

Biblioteca Nacional.

MAX UHLE

LOS

PRINCIPIOS DE LA CIVILIZACION

EN LA

SIERRA PERUANA

DEL «BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA». —
VOL. I — NÚM. 1.



QUITO — ECUADOR

IMPRESION Y DISTRIBUCION EN EL ECUADOR

1930

MAX UHLE

LOS PRINCIPIOS DE LA CIVILIZACION

EN LA SIERRA PERUANA

El desarrollo de la civilización arrancó en la sierra del Perú, como en todas partes, de condiciones muy primitivas. La primera parte de este desarrollo fue bastante larga. Hay que distinguir por eso, épocas que precedieron a la primera entrada de civilizaciones superiores, de otras primitivas y preparatorias de este acontecimiento.

Sin duda el hombre primitivo de la sierra se mantenía como el primero de las costas chilenas, con los productos de la caza y recolección de frutas silvestres. Quizá ya conocía también la papa en estado silvestre, fruta igual a la que del suelo excavaban en el siglo pasado los indios californianos (comp. Uhle Verh. der berl. Ges. für Anthropol. 1888). Las auchenias, naturalmente, al principio sólo eran objetos de caza. En esta forma se consiguió también la primera lana para el uso. La primera lana usada por los aborígenes de Arica, después de un uso por milenios de la totora para los mismos fines, era también de auchenias cazadas: vicuñas. Representaciones de cacerías de vicuñas se encuentran muy frecuentemente todavía, pintadas en vasos de origen protonazca.

La sierra del Perú habrá formado en todos tiempos para tribus orientales, un gran aliciente para inmigraciones. Con razón encontramos, por eso, vestigios aruacos en los pronombres de varias lenguas andinas (puquina, quechua, aimara), y vestigios de otras lenguas orientales, en las terminaciones de numerosos nombres geográficos de la altiplanicie peruana del norte. Pero aún estas últimas influencias o inmigraciones pertenecieron a un tiempo de ahora sumamente remoto. Un arco de corte transversal ovalado, probablemente tipo de descendencia aruaca, se depuso ya en una de las primeras sepulturas ariqueñas (vea la «Arqueología»). Apenas en aquellos tiempos, las primeras civilizaciones centroamericanas habían alcanzado las costas peruanas por mar. Los aruacos, y otras tribus parecidas, de manera igual, carecían en aquel tiempo todavía de todo vestigio

de civilizaciones de estilo superior. Quizá los aruacos entraron del norte, los últimos en el continente sudamericano. Pero entraron primero sin vestigio de civilización alguna. Prueba de eso, por ejemplo, son los Matacos del Gran Chaco, de extracción aruaca, que carecen de civilización igual a la de sus vecinos, y los Ipurinas, aruacos del río Purus, que hasta el día usan la estófica en sus pescas (vea P. Ehrenreich, *Beitrag zur Ethnographie Brasiliens*).

Paulatinamente los efectos de las civilizaciones centroamericanas, entrando del norte, se hicieron sentir también en la sierra peruana, pero al principio naturalmente con progresos muy lentos. En todas las sepulturas de tipo protonazca, según las observaciones hechas hasta este tiempo, parecen faltar los huesos de llamas. Sólo un vaso protonazca del Museo de Lima, muestra una llama conducida por un hombre con una sogá.

Muy diferentes se presentan ya las condiciones de la sierra, entre las reliquias del período protochimú. En sus sepulturas abundan alfarerías representativas de llamas vacías, cargadas, curadas por sus pastores, etc. También los huesos de llamas sacrificadas se encuentran ya, con mucha frecuencia, en las plataformas de templos o en las sepulturas de origen protochimú. Igualmente la agricultura había adelantado bastante. Representaciones de papas en alfarerías protochimús son frecuentes.

Las sepulturas de los aborígenes de Arica contienen cordones de lana de llamas, artefactos de la misma clase de lana teñidos de rojo con jugos vegetales, etc. Una de Chinchorro ofreció ya, fuera de cinco kilos de semilla de quinoa, un saquito tejido de lana y rayado, en el cual una parte de la semilla se había acomodado. Sin duda alguna, la domesticación de la llama y de la alpaca, y el desarrollo de la agricultura en la sierra, ya estaban perfectos en este tiempo.

El uso ya existente en la sierra de alfarería, está indicado por el pequeño almirez sacado de una de las sepulturas ariqueñas, imitando su forma la de los timbales de los alfareros posteriores. Objetos de uso doméstico se labraban en piedra, como da a conocer por su material el almirez mismo.

No tenemos conocimiento ninguno de «construcciones de piedra diestramente labradas» ni de otras pruebas de «destreza» manifestadas en la elaboración de esculturas en este período, de todas las cuales habla el Señor F. A. Means en el «*Survey of Ancient Peruvian Art*» y en el Boletín 9 de esta Sociedad, para basar en estas pruebas, la teoría de la existencia de un período Tiahuanaco I, antecedente al período clásico de Tiahuanaco conocido. Los edificios y esculturas atribuidos por el Señor F. A. Means en el «*Survey*» a este período predecesor, se han aclarado todos como pertenecientes a períodos posteriores (período clásico de Tiahuanaco; período chincha - atacameño) en los «*Fundamentos Étnicos*» y en la «*Arqueología de Arica y Tacna*» del que escribe. No hay necesidad por eso, de buscar fuentes de otra clase, como orientales, para la aclaración del origen de tal período de cultura antecedente, que no ha existido; porque todas las manifestaciones culturales en la sierra,

anteriores al período clásico de Tiahuanaco, se redujeron a puramente arcaicas, instigadas por la aproximación de las civilizaciones del Norte.

Todas las manifestaciones de civilización en el continente sudamericano son dependientes, en su raíz, de la evolución que tuvo lugar en regiones centroamericanas.

Se presentaron en el continente sudamericano en tres formas:

1. Influencias directas de las grandes civilizaciones (mejicanas y centroamericanas).

2. Civilizaciones de tipo chibcha (de Costarica al Ecuador y sus emanaciones a una parte del sur y al este del continente).

3. Civilizaciones de tipo peruano, extendidas al sur de todo el continente.

Al tipo primero pertenecen las primeras civilizaciones peruanas (protonazca y protochimú). Pero, además, cada día aparecen más claras influencias de la civilización maya en la región del río Esmeraldas (costa norte del Ecuador) y como parece también en la costa oeste de Colombia (cerca de Buenaventura, material recogido por el Señor Saville en su expedición ecuatoriana).

Parece que para las colonizaciones en la costa pacífica, hacia el sur, no hubo diferencia para los antiguos mejicanos y centroamericanos entre un continente centro y otro sudamericano, divisiones establecidas sólo por la geografía moderna. Facilita esta observación, el entendimiento de otros efectos de las civilizaciones centroamericanas hacia el sur, que sin ella habrían quedado aún más problemáticos.

El Señor Tello descubrió cerca de Chavín de Huantar un pilar de piedra, cuya fotografía tuve la suerte de estudiar en las aulas de la Universidad de San Marcos, por favor de su Rector Señor Javier Prado y Ugarteche. Forma y proporciones del pilar, y las labores intrincadas de sus detalles, en cuanto yo pude distinguirlas, no lo diferencian en nada de los conocidos pilares de origen maya en Copan, Quirigua y otras ruinas parecidas.

Los restos antiguos de Chavín me parecieron entonces representar tres clases cronológicamente diferentes:

1. El pilar descubierto por el señor Tello (influencia centroamericana más directa).

2. El relieve de Chavín («piedra de Raimondi») y otros restos parecidos.

No obstante sus relaciones más directas con el estilo protonazca, se nota en él como recuerdo de su derivación centro-americana más lejana, la aglomeración de numerosos detalles destinados a provocar horror, muy común a numerosos monumentos mejicanos y centroamericanos, como también en numerosas caras, la lengua extraída en una forma apenas diferente de la que se observa en la estatuita de Tuxtla.

3. Varias figuras esculpidas, de piedra, de tipo más común, como otras muchas, diseminadas por el suelo peruano.

Tampoco puede ahora, por más tiempo, sorprender la estrecha semejanza entre los «jeroglifos» en el friso de la gran portada de

Tiahuanaco, en forma y composición, con los tipos de la escritura Maya; y poco importa si desconocemos, todavía, el camino de la traslación de estos efectos centroamericanos a la altiplanicie boliviana.

El área de los países de Costa Rica, Colombia y Ecuador estaba ocupada por una clase de civilizaciones que comprendemos uniformemente, bajo el nombre de civilizaciones chibchas. La extensión de naciones de la familia chibcha en toda esa región, justifica el nombre genérico de estas civilizaciones unidas por numerosísimos detalles idénticos, desde Costa Rica hasta las regiones ecuatorianas australes.

J. Jijón descubrió, además, un tipo original de las civilizaciones americanas, en numerosos artefactos de las tribus ecuatorianas antiguas, por un lado; y restos conservados en los «mounds» norteamericanos, por otro. Una larga serie de civilizaciones centroamericanas se puede seguir por eso, en el área extendida entre Costa Rica y el sur del Ecuador presente.

Estas civilizaciones, consideradas antes como de significación sólo local, saliendo de sus límites originales y fertilizando una gran parte del continente sudamericano, se han conquistado una importancia geográfica, apenas igualada por las civilizaciones peruanas en su extensión por todo el Sur del continente.

¿Quién habría pensado, hasta hace poco, que la decoración «negativa» («a color perdido») de los vasos de Recuay (período algo más nuevo que la civilización de Chavín (1), incluye un recuerdo de la técnica, y con eso también de las civilizaciones chibchas de Costa Rica al Ecuador? Como la forma de los timbales es típica para la civilización de Tiahuanaco, de la cual pasó con derecho de ciudadanía a la civilización de los Incas, de la misma manera las «compoteras» representan uno de los tipos más característicos chibchas, y esta misma forma se puede seguir también por el norte del Perú hasta la región de Recuay (sur de Huánuco).

Las formas de las civilizaciones chibchas (Costa Rica, oeste de Colombia, etc.) pasaron a las Antillas (especialmente Puertorico, Santo Domingo, etc.), siguieron toda la costa norte de Sudamérica al este, penetraron por los ríos (como el Orinoco, etc.) al sur, fertilizaron la región de la desembocadura del río Amazonas (isla Marajó), subieron hacia las faldas orientales de las cordilleras al este, adelantaron hacia el sur hasta Mojos (civilización estudiada por Erland Nordenskiöld) y el Paraguay (hallazgos de Mayntzhusen, (2) ahora en el Museo de la Universidad de Buenos Aires), y tomaron de esta manera posesión de todo el Este del gran continente de América del Sur, en cuanto civilizaciones pudieron encontrar asientos en este terreno grandemente ocupado por selvas.

No han faltado quienes comparen la enigmática civilización de la isla de Marajó con la de los «Mound builders» de América

(1) En 1896 encontré un pequeño fragmento de alfarería decorada con la misma técnica, en la superficie de la parte más antigua del templo de Pachacámac.

(2) Compárense las mismas observaciones en la obra de E. Nordenskiöld, sobre las antigüedades de Mojos.

del Norte o con la de Tiahuanaco, como al desconocer su origen arriero de suficiente legitimación para atribuírle una antigüedad extraordinaria.

Vamos a dar en lo siguiente, las pruebas de la existencia de todas estas civilizaciones sudamericanas del este, de las civilizaciones chibchas del noroeste, y esto de un período de estas civilizaciones, que cronológicamente, en algunas formas, apenas pueda haber alcanzado el período peruano de Tiahuanaco, y en todo el resto era contemporáneo de períodos aún más recientes de la antigüedad peruana.

Faltan en todo el Este las formas chibchas que caracterizan el período arcaico común de las civilizaciones americanas. Únicamente en Mojos grandes sellos de barro usados en la decoración del cuerpo, que son característicos para varios períodos de las civilizaciones chibchas (valle del Cauca, costa del Ecuador, etc.). Se han encontrado en Mojos, sillas que se han de comparar con las figurativas de origen costarricense, otra de los Yumbos (noticia del señor J. Jijón) etc. Entre los restos arqueológicos de Mojos no se ha podido establecer, hasta ahora, ningún período que con claridad alcance para atrás el período de Tiahuanaco de la región andina. Entre los restos de carácter tiahuanaqueño del sudeste de la altiplanicie boliviana (Mizque, etc.) y descritos por E. Nordenskiöld, no hay hasta ahora ninguno — como he podido establecer en la «Arqueología de Arica y Tacna» — que sobrepase en antigüedad el período epigonal, para alcanzar el período clásico de Tiahuanaco.

El Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos (1), da la noticia de tres objetos figurativos grandes y de un plato grande de alfarería, descubiertos en los barrancos del río Napo más arriba de la desembocadura del Aguarico. Estos objetos forman ahora uno de los tesoros más valiosos en posesión de la Sociedad mencionada:

Lám. 1 y 2. Urna Funeraria (?), una figura masculina sentada, cerrada arriba, con abertura de 16 cm. de diámetro en el asiento. Altura de la figura 54 cm.

Los brazos (2) y las piernas arrancan en el cuerpo, de un ancho relieve redondo y están ejecutados sueltos en forma plástica redonda. Los primeros (comp. fig. 1^a) curvados en el codo, agarraron comunmente en forma horizontal delante del pecho un objeto redondo (escudo) y otro derecho (lanza?). Las piernas están conforme a la posición sentada, dobladas con ángulo rectangular en la rodilla (3).

(1) Bol. de la S. E. de E. H. A. Vol. III, Nos. 7 y 8, págs. 197 y 203.

(2) Comp. *Ladislau Netto*, Archivo do Museo Nacional do Rio de Janeiro 1885, VI pág. 313 (Maraca, Marajó); Kultur und Industrie süd-am. Völker, vol. I. pl. 1, fig. 2, 4-9 (valle del Cauca, Colombia); *E. Seler*, Peruan. Altertümer des k. Mus. f. Völkerk., pl. 54, fig. 8-9 (Colombia) *Vic. Restrepo*. Los Chibchas, Atlas, pl. 17 fig. 45., *Fed. González Suárez*. Los Aborígenes de Imbabura y del Carchi, Atlas pl. II, V, VII (Carchi, Ecuador). *J. Jijón y Caamaño*. Los Aborígenes de Imbabura, pl. IX (Urucuí, Imbabura); además figuras de Puertorico, etc.

(3) Comp. *Netto* (Marajó), Kultur u. Industrie pl. 1, fig. 6 (valle del Cauca), *Seler* (Colombia), *Restrepo* (Cundinamarca), *González Suárez* (Imbabura y Carchi), etc., l. c.

La cabeza, redonda y algo áplastada, se distingue del tronco por un canal (1) (pintado de rojo) que indica el cuello. La cara de forma semicircular tiene un borde algo elevado (2), en el cual algo sobresalen las orejas con indicación de un agujero. La nariz, corta, está unida a las cejas (3). Los ojos y la boca pequeña amygdaloides, los primeros pintados en su alrededor de rojo, la segunda de negro. Del occipucio sale en relieve cónico la indicación de una *simba* extendida hasta la media altura de la espalda.

En los brazos se notan depresiones anchas circulares, una en cada uno de los húmeros, y otra en cada uno de los brazos inferiores. Bordados en los dos lados por una línea elevada, y pintadas de rojo indican brazaletes tejidos. Dos impresiones anchas y profundas en las canillas indican ornamentos semejantes (4).

Un ornamento triangular en relieve adorna el pecho; expresión muy natural del sexo masculino (5); las totillas también están indicadas (6).

Poco de la pintura original ha quedado en la figura. La cara en general y el cuerpo estaban pintados de blanco, la parte posterior de la cabeza (pelo) y la *simba* de negro. Además la cara estaba pintada con varias líneas ornamentales negras; la indicación de triángulos rojos se nota todavía en las mejillas.

Todo el resto del cuerpo estaba pintado con líneas fantásticas, anchas, negras, con un número de puntos rojos en los intervalos. La pintura era del mismo carácter que la que se nota entre los brazos y piernas en la Lám. 5. Su significación original figurativa está oscura.

Láms. 3 y 4. Urna funeraria, una figura femenina sentada, con abertura de $18\frac{1}{2}$ cm. arriba. Altura total 38 cm.

La cara cuadrada, bastante bien modelada en relieve, mira un poco hacia la izquierda; los brazos superiores y las piernas enteras (7) en relieve. Arrancan del cuerpo en forma parecida a la de la Lám. 1, pero muy detrás, casi por el lado de la espalda. Los brazos inferiores estaban ejecutados plásticamente y faltan, lo mismo que los pies.

En la cara se nota la misma unión de la nariz (aquí corta y cóncava (8)) con las cejas como en la Lám. 1. Las pupilas están marcadas por relieves pequeños, las orejas (con indicación de perforación) muy abajo, en las esquinas de la barba (9).

(1) Comp. *Ladisl. Netto*, l. c., pl. 1, fig. 5 y *Congreso Améric.* Berlín, 1888, pág. 204 (Marajó), *Kultur und Ind.* l. c., pl. 1, fig. 4, 6, 7, *Seler* l. c. pl. 56, fig. 11 y 13 (Colombia).

(2) Comp. *Netto*, Archivo, l. c. pág. 313 y 330 - 331 (Marajó), *Kultur und Ind.* l. c., pl. 1, fig. 5 (valle del Cauca), *Seler*, pl. 54, fig. 8 y 10 (Colombia).

(3) Comp. *Netto*, Congreso Berlín, pág. 204 y Archivo, pág. 331 (Marajó), *Kultur und Ind.* pl. 1, fig. 5 (valle del Cauca).

(4) Comp. *Kult. und Ind.* pl. 1 fig. 6 (valle del Cauca), *Netto*, Archivo, pág. 313, etc.

(5) *Kultur u. Ind.* pl. 1 fig. 1 y 6 (Colombia), *Fed. González Suárez*, l. c., pl. V. (Carchi).

(6) Comp. *Kult. und Ind.* pl. I fig. 1.

(7) Comp. *Kultur u. Ind.* pl. 1, fig. 5 (valle del Cauca).

(8) Comp. l. c.

(9) Más o menos como en *Netto*, Congr. des Améric., l. c. pág. 204 (Marajó) y *Kultur u. Ind.* pl. 1, fig. 7 (valle del Cauca).

El cuello, indicado por un canal como en la Lám. 1. Indicación de anillos tejidos en las pantorrillas, por depresiones anchas pintadas de rojo (1).

Están marcadas en relieve los pechos, y el sexo en forma muy natural (2), encerrado en un triángulo rojo, que indica una cobertura (3).

La pintura del cuerpo es muy bien pulida y blanca, con excepción del occipucio que está pintado de negro. La frente y la espalda están ornamentadas en forma diferente. El dibujo de la espalda se parece al que lleva el intervalo entre brazos y piernas en la Lám. 5, el de la frente consiste en líneas fantásticas delgadas, mezcladas con puntos y manchas rojas (4). Parecida es también la decoración de los brazos y piernas.

Lám. 5. Fragmento (pecho) de una urna funeraria figurativa, femenina, para la cual la cabeza no estaba provista en la misma pieza de alfarería. La cabeza forma por eso una pieza separada y servía de cobertura (5). El cuello poseía un diámetro de cerca de 20 cm. Altura total del vaso completo, 31 cm.

Brazos y piernas tienen la misma forma como en las Láms. 3 y 4, sólo que los brazos están en otra posición; pues uno se dirige a la garganta, mientras que el otro descansa en el pecho, también son ejecutados en relieve. Una depresión ancha, roja, para indicar brazaletes, en cada uno de los brazos superiores e inferiores; dos depresiones parecidas, en cada una de las canillas. Las mamas muy marcadas en relieve. Pintura roja en la parte media del cuerpo, como para indicar un abrigo. El resto del cuerpo en fondo blanco, ornamentado con líneas fantásticas gruesas (6) y otras delgadas negras, y aislados puntos también negros.

Lám. 6. Fuente grande, con pie corto redondo. Diámetro, 39 cm.; altura total 10 cm.

El borde ancho y chato de la fuente (7), pintado de negro y rojo sobre fondo blanco, con figuras aladas y otras romboides (8), que formadas en dos series alternan una con otra.

Por un lado del borde se notan dos manchas de quebradura, como si faltasen allá los pies de una figura, a la cual servía el plato para la recepción de ofrendas.

Por la descripción y simultánea comparación de los cuatro objetos, es clara, primero su íntima relación estilística con los hallazgos de la isla de Marajó, con los cuales forman representantes de

(1) Vea Lám. 1.

(2) Comp. Kultur u. Ind. pl. 1, fig. 5 y 10 (valle del Cauca).

(3) Comp. Netto, Archivo, l. c. pág. 53 y 327 (Marajó).

(4) Comp. Netto, Archivo, l. c. pl. 5, fig. 13 (Marajó), también la pintura de muchas alfarerías modernas de los indios Conibas (Ucayali).

(5) Exactamente la misma disposición se encuentra en la urna funeraria de Marajó. Archivo, l. c., pág. 313, sólo que esta última está completa.

(6) No nota poca diferencia entre los dibujos de esta clase y el de un plato de Pacoval (reproducción en colores en Netto, Archivo vol. VI), sólo que el uso de los colores rojo y negro está inverso.

(7) Comp. Netto, Archivo pl. 5, fig. 11 (Marajó).

(8) Comp. Netto, l. c., pl. 1, fig. 1-2 y pl. 2, fig. 7 (?).

un mismo estilo, del mismo período y carácter; aunque se puede dejar abierta la cuestión, si ellos mismos también se han fabricado en la desembocadura del gran río, o—lo que es más probable—gente del mismo estilo y del mismo período los fabricó en las partes altas del río, vendiéndolos después en sus afluentes para fines del culto.

De la misma manera, el carácter general de la pintura de estos objetos tiene semejanza con el de las fuentes de barro, fabricadas hasta el día por los indios del río Ucayali, y de la misma manera sería fácil tirar paralelas entre esta técnica y la antiguamente usada en Mojos y en el Paraguay.

Por otro lado, las figuras del Napo y de Marajó recuerdan íntimamente, como se ha visto arriba, las conocidas del valle del Cauca, de Cundinamarca, y del norte de la altiplanicie ecuatoriana (Carchi e Imbabura), como también de algunas de las Antillas en su forma técnica y posición. Estas figuras del valle del Cauca y de las provincias ecuatorianas de Carchi e Imbabura, originan de un período antiguo que se puede identificar cronológicamente, en gran parte, con el período de los vasos blancos, negros, rojos, de la costa peruana. Raros ejemplos, como v. g., quizá el representado en *Kultur und Industrie*, vol. I, pl. 1, fig. 5, originan posiblemente de un período aún anterior, contemporáneo con el de Tiahuanaco.

Se ha creído a veces que el estilo de Marajó, influenció quizá la forma de las representaciones figurativas de la altiplanicie ecuatoriana (1). Igualmente se podría suponer como posible, la entrada de estas formas de figuras, por la Cordillera a las faldas orientales. Pero ninguna de estas suposiciones puede defenderse. Los tipos figurativos de la altiplanicie ecuatoriana, dependen en forma y en estilo, directamente de los estilos colombianos (valle del Cauca, etc.) Entre los hallazgos de la isla Marajó, se encuentran también compoteras (2), pero además, también figuritas humanas de barro, sentadas con las piernas abiertas (3), como numerosas de Costarica, y copas de una cierta forma (4), parecidas a varias del valle del Cauca (5), que no pueden haber llegado a la isla Marajó por la altiplanicie ecuatoriana.

Al fondo del estilo especial de Marajó, están por eso formas introducidas allá directamente, por la costa sudamericana del norte, de Costarica, Colombia, y quizá también, indirectamente de allá, por las Antillas (6).

Esta extracción del estilo de Marajó de las civilizaciones chibchas es tanto más clara, porque también se encontró un estilo chib-

(1) *J. Jijón y Caamaño*. Los aborígenes de Imbabura, pág. 105.

(2) *Comp. Netto*, Archivo, l. c., pág. 340.

(3) L. c., pág. 336 - 337, y pl. III.

(4) L. c., pág. 355.

(5) *Comp. por ej. Seler*, l. c., pl. 56, fig. 17 - 18.

(6) Las figuritas de Marajó al parecerse a las centroamericanas (Chiriquí, etc.), *H. J. Spinden*, *Anciens Civilizations of Mexico and Central America*, New York, 1917, pág. 56, no por eso pertenecen al horizonte arcaico mejicano, porque las figuritas de Chiriquí, aunque dependen todavía estilísticamente de él, no lo hacen tampoco muchas de las cabecitas de barro venezolanas, tampoco pertenecen al horizonte arcaico, aunque por su

cha, casi perfecto, en las orillas del río Cunany, fronterizo entre la Guayana francesa y el setentrión del Brasil.

Los hallazgos de estas excavaciones fueron descritos por Hart y se encuentran reproducidos en una de las publicaciones riojanenses. Entre estos hallazgos se repiten compoteras chatas, grandes y rectangulares sobre un pie redondo, iguales a las conocidas del valle del Cauca (1) Provincia de Carchi (2), Guajar - Ecuador (3), Puertorico, etc.; fuentes ovaladas, iguales a las conocidas del valle del Cauca; el motivo de sapos curiosos, sentados en los bordes de muchos vasos (4), y aún la forma de los pozos verticales con un nicho angular al fondo, conocido en San Agustín, en Colombia, parece haber tenido una repetición exacta en el río Cunany, según el dibujo dado por Hart.

Las civilizaciones chibchas siguieron por eso la costa del Este, hasta el río Cunany y de allí, a la desembocadura del río Marajó, sirviendo en este lugar de base a una nueva evolución estilística, sólo parcial. El tiempo de esta evolución no era cronológicamente anterior al período peruano de los vasos blancos, negros, rojos y cuando más correspondía parcialmente al tiahuanacota.

En Venezuela encontramos los mismos restos de tipo chibcha, ganchos de estólicas de piedra, cabecitas de barro, iguales a otras del período epigonal de origen chibcha, vasos con cuatro pies, cerrados en la base por un anillo (5). Las civilizaciones chibchas penetraron también en el Este del continente siguiendo el curso de los ríos (como el Orinoco), y de este proceso originan probablemente los hallazgos hechos en cuevas cerca del río Atures (6). Von Martius recibió de manos de indios del río Amazonas, en los años veinte del siglo pasado, un ídolo (7) hecho de nefrita verde amarillenta, que por su material sólo puede haber sido oriundo de Colombia, donde se encuentra el mimo (8).

El origen de todas las civilizaciones del Este de Sudamérica, de las colombianas, (costariquenses, etc.), en todas sus partes esenciales me parece estar ahora fuera de duda. Igualmente el tiempo de su origen relativamente reciente, se ha determinado. La derivación de un período Tiahuanaco I, anterior al conocido clásico de Tiahuanaco, de civilizaciones brasileras de Marajó etc., como hace F. A. Means

forma y tipo sería posible, porque iguales se encuentran en la alfarería epigonal (post-tiahuanaqueña) del valle de Loja.

Por otro lado es significativa la semejanza de cabecitas de barro encontradas en un horizonte protonazqueño en Ancón, Perú, con otras arcaicas de Guatemala, Nicaragua y San Salvador, representadas por el mismo autor, *Am. Anthropologist*, 1915, pl. XXI, fig. 7 - 12.

(1) Kultur und Industrie I. c., pl. 3, fig. 6.

(2) Colección del doctor Borja, en Quito.

(3) Kultur und Industrie, I. c., pl. 17, fig. 26; *Verneau et Rivet*, *Ethnographie ancienne de l'Equateur*, pl. IX, fig. 8 y 10.

(4) *Comp. I. c.*, pl. 3, fig. 1 - 4, pl. 4, fig. 18 (valle del Cauca y Cundinamarca).

(5) Descritos por *A. Ernst*, y comparados con otros parecidos de Costarica. Algunos objetos de Carchi (Ecuador) recuerdan el mismo tipo.

(6) *Comp. Waitz*, *Anthropologie der Naturvölker*, vol. III.

(7) Ahora en el Museo Etnográfico de Munich.

(8) Vea la obra del profesor *Fischer* (Freiburg B.) sobre nefrito y jadeita.

en el «Survey» y además en el Boletín 9 de esta Sociedad, sólo se puede significar por eso como una fantasía sin fondo, ni en las condiciones dadas en las regiones andinas ni en las condiciones contemporáneas de los indios del Este.

Hasta cierto punto se pueden comprender las dudas de los investigadores de la civilización de Tiahuanaco, a los que pareció incomprendible el surgimiento aparentemente abrupto de nuevas técnicas al lado de un nuevo estilo.

Culpa de la desviación de los razonamientos ordenados, tiene la mala interpretación del relieve de Chavín («piedra de Raimondi»), con la cual se cerró indebidamente el camino de la correcta explicación del origen de la civilización de Tiahuanaco. Parece que la llave para el mejor entendimiento del relieve de Chavín, presentada en las «Fruhkulturen der Umgegend von Lima» (1), no era suficiente para hacer comprensible esta maravillosa obra de concepción, en sí completamente clara.

El relieve de Chavín (Lám. 7) pertenece al estilo protonazca, formando de cierta manera una de sus mejores exhibiciones. Ya hemos visto en un artículo anterior, que el estilo protonazca se extendió de los valles del sur (Nazca, Ica, Pisco, Chincha) por los del centro (Lurin, Rimac, Ancón, Chancay, Supe), hasta la proximidad de Chavín, situado encima del valle de Huarmey un poco más al norte. En todo el relieve, sólo los motivos de los cetos y de la serpiente parecen de origen extraño, representativos quizá de algunas relaciones poco importantes con el estilo protochimú vecino.

Representa el relieve (2), la combinación de un gato (tigre?, gato montés?) con un escolopendro, en la forma común a las representaciones del estilo protonazca, como es fácil convencerse por las figuras, en todas las publicaciones sobre este estilo extraño.

Las representaciones del gato montés o tigre, son también las mismas comunes en las representaciones de este estilo (comp. las colecciones del Museo de Lima y otros, como también el estudio sobre las representaciones del tigre protonazca por Tello, en los Proceedings of the 2^d Pan American Scientific Congress held at Washington 1919, vol. I). Sólo se deplora en esta última publicación, la falta del reconocimiento del escolopendro, reconocido ya desde 1904 generalmente, que pegado a la cabeza o emanando de ella, acompaña casi todas las representaciones respectivas en ese estilo.

En fig. 19, la publicación de O. Tello presenta la figura de un hombre puesto de frente, con un escolopendro pegado en la cabeza, cuyo cuerpo descendiendo al lado de la figura, parece allá doblado. Reemplácese la figura del hombre por la de un tigre de forma medio humana, y yérgase el cuerpo del escolopendro en forma vertical encima de la cabeza del tigre, como era necesario, por razones técnicas, en tales esculturas de piedra, y resultará una figura en nada diferente de la composición del relieve de Chavín.

(1) Congreso de americanistas de Viena 1908.

(2) Comp. Fruhkulturen etc., 1908. V. Lám. 7.

La naturaleza del tigre se reconoce en las tres garras que terminan cada uno de los brazos y piernas, en los detalles de la cara y en la curvatura de las cuatro pantorillas de la fiera. El escudo pendro, por su parte, se reconoce en el verme ancho y largo extendido hacia arriba, los numerosos pies oblicuos que lo acompañan por sus dos lados, simbólicamente expresados por mitades de serpientes, en una cara pequeña de escolopendro, en la última parte superior de la cabeza del monstruo, y en numerosas caras, que a manera de otras representaciones protonazcas, están afiladas a lo largo del cuerpo del verme, concluyendo por una cara final, que hace la impresión que el bicho quiere morder también con la cola.

Otros detalles de la figura del tigre son los siguientes: En la parte inferior de la cara cuadrada, una cara doble, compuesta de una boca ancha con colmillos grandes, dos ojos y una nariz enorme, e indicaciones más superficiales de otros ojos y otra nariz abajo. La boca ancha es común a las dos caras. La primera cara mira de frente, pertenece al tigre y a todo el monstruo. La segunda, que mira hacia arriba, sólo se agregó para conservar la expresión de la unidad de toda la figura, compuesta de dos cuerpos aparentemente en sí divergentes.

El tigre está vestido de un delantal corto, cuya cinta muestra la representación de la cara de una serpiente, distraída hacia los fines de la cinta.

Un ornamento curioso (1) cubre el pecho. Consiste en la representación vertical de una boca con colmillos de forma rectangular (2), acompañada simbólicamente por las de serpientes. Iguales colmillos rectangulares se notan en la segunda cara de la superficie del verme. La idea en este ornamento pectoral era esa, de aumentar la impresión de la voracidad de todo el monstruo, por su dotación de una segunda boca fiera, delante del estómago mismo.

Los dos cetros en las garras del tigre, quizá se interpretan de la mejor manera, como dos haces de dardos en sus cajas (los dardos en forma de serpientes), iguales a los usados hasta el día, por tribus orientales de la misma latitud brasilera.

En contradicción con lo expuesto arriba, F. A. Means (compárese el «Survey») vió en el relieve de Chavín, sólo una copia mal entendida de la figura del Sol de la portada de Tiahuanaco, con una innumerable cadena de errores en el entendimiento de sus detalles, los que en la reproducción dieron por resultado otros tantos detalles sin sentido alguno. No descubre ninguna idea propia en todo el relieve. Cada diferencia del original supositivamente preconcebido, significa para él una prueba de degeneración sucesiva. Operando con

(1) Comp. la descripción de la civilización III, en la «Arqueología de Arica y Puno».

(2) Comp. mi fotografía del relieve, usada por F. A. Means en su «Survey». (La copia del relieve en la obra de T. Joyce, South American Archeology, es en este sentido menos exacta). M. La nombra en la parte inferior de la fotografía, no es copia del original, sino que agregada por mí en la primera, sólo para facilitar la explicación de la composición.

los términos de «simplificación», «eliminación», «substitución», etc., prestados de la obra grande y meritoria de J. H. Spinden, sobre el estilo maya, es fácil para él demostrar de esta manera, que el único monumento de valor y concepción propia, era la figura del Sol del relieve de Tiahuanaco.

Tales errores del intérprete, sólo eran posibles, porque él no había comprendido la composición. El escolopendro para él no existe; toda la construcción de encima de la cabeza del tigre, significa para él, sólo una ampliación de la figura de los rayos solares del relieve tiahuanaqueño. El tigre no está reconocido por él tampoco. La interpretación de las garras como «manos de sólo tres dedos» le da lugar para encontrar en el relieve, una nueva degeneración sucesiva en la forma artística de las manos, después de la perfección de la obra tiahuanaqueña. No reconoció el mencionado autor la tercera cara (la ínfima), en la cabeza que mira hacia arriba, porque en una forma completamente antimetódica, interpreta sus detalles especiales como la reproducción de las caras opuestas de dos pumas tiahuanaqueños. El delantal del tigre es para él, una repetición mal hecha del delantal de la figura tiahuanaqueña. No vió entonces, que esta última no está vestida de un delantal, sino de una *cushma*, como explícitamente ya se expuso en A. Stubel und M. Uhle, Die Ruinenstatte von Tiahuanaco 1892. La decoración de los cetros le parece una red de ornamentos sin sentido, tendidos sobre la forma de los cetros tiahuanaqueños originales. Al fin, al intérprete escapó completamente el sentido ordenado y muy natural del ornamento del pecho en el relieve de Chavín. En su lugar aparece, en la figura tiahuanaqueña, un ornamento pectoral como una joya colgada del cuello, que como recuerdo de las aventuras anteriores del Sol en el mar, representa un pescado encerrado en una olla. Este ornamento falta en el relieve de Chavín. No reconociendo la figura de la segunda boca, que en el relieve de Chavín detalla la forma del pecho, interpreta sus líneas como un ornamento sin sentido, que sirve de «substituto» al ornamento pectoral tiahuanaqueño original, compuesto de líneas ornamentales encontradas en el mismo modelo tiahuanaqueño.

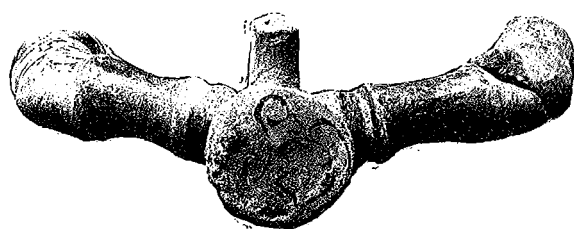
Oreo que con lo precedente, el valor histórico del relieve de Chavín, ha sido restituido debidamente. No es una copia sino el predecesor estilístico de la gran portada de Tiahuanaco. Representando el relieve de Chavín, al aparecer el monstruo, que en los eclipses devora el sol o la luna, las ideas religiosas en las representaciones esculpidas se han suavizado después, hasta llegar a la del dios Sol, civilizador del mundo, en el relieve de la portada tiahuanaqueña. La figura del tigre se remplazó en la misma posición por una figura humana, los dos cetros, como haces de dardos, por las figuras de la estólica y de la flecha, armas usadas en aquel tiempo en los alrededores del lago Titicaca. La figura del escolopendro con sus pies en forma como rayas, se redujo a los rayos solares de la figura tiahuanaqueña, y la joya pectoral de la figura tiahuanaqueña, tomó el lugar de la figura de la segunda boca estomacal ya desplazada. No hay necesidad de mencionar más que un desarrollo

estilístico; en esta forma se encuentra en todo orden, mientras el opuesto de los detalles de la figura tiahuanaqueña a los del relieve de Chavín, habría sido de todos modos imposible. De la mayor novedad del relieve de Tiahuanaco da también un testimonio la figura de la serpiente con numerosos pies («Tenten» o «Caicai» de los mitos araucanos?), derivado evidentemente del escolopendro protonazca en el mismo friso.

Para la explicación completa de la civilización de Tiahuanaco, faltaba hasta ahora, la del origen de sus trabajos grandes de escultura y obras grandes de piedra. La civilización de Chavín, predecesora de la de Tiahuanaco, da la explicación, y no hay necesidad de buscarla por otros caminos.

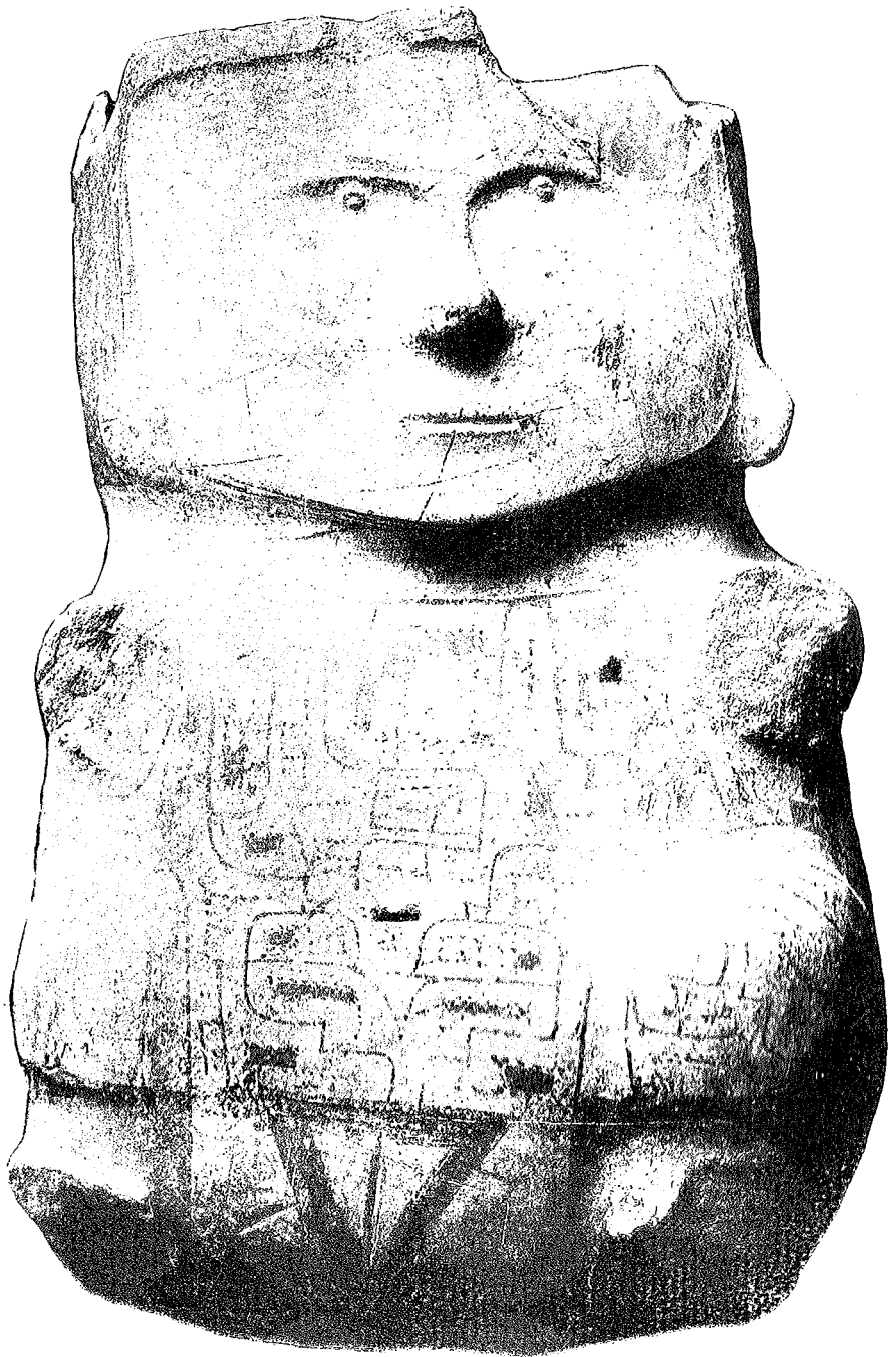


Uchub. — LÁMINA 1ª. RÍO NAPO (ECUADOR).



(Fig. 1).

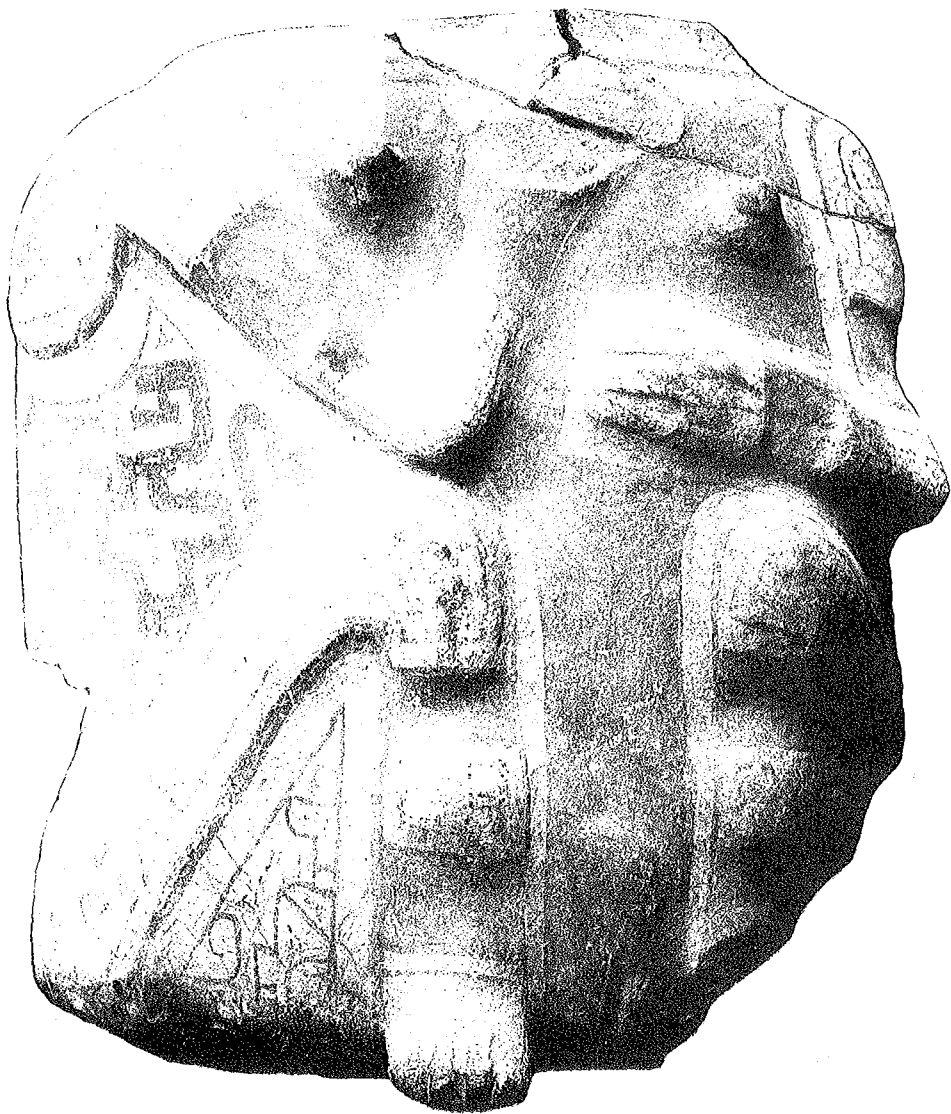
URLE. — LÁMINA 2ª. RÍO NAPO (ECUADOR).



UHLE. — LÁMINA 3ª. RÍO NAPO (ECUADOR).



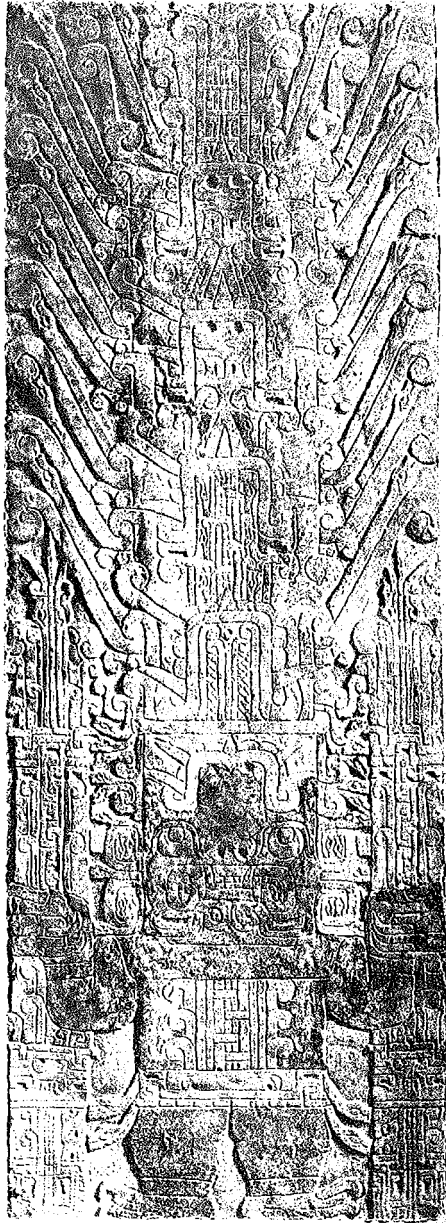
UHLE. — LÁMINA 4^a. RÍO NAPO (ECUADOR).



UHLE. — LÁMINA 5ª. RÍO NAPO (ECUADOR).



UHLE. — LÁMINA 6ª. RÍO NAPO (ECUADOR).



UHLE. — LÁMINA 7ª. RELIEVE DE CHAVÍN.